

todo lo que es confusión, desorden é iniquidad. Con el año de 1856, los más inteligentes y perspicaces creyeron que había llegado aquella hora del apogeo, de tal modo la abundancia de favores divinos pareció marcar con una elección particular la dinastía napoleónica rejuvenecida. La victoria había puesto Sebastopol en nuestras manos: pronto se supo que en las Tullerías se preparaba una cuna; se tuvo luego noticia de que la criatura recién nacida era varón, y finalmente se firmó la paz. Hacía algún tiempo que el cólera había desaparecido: la carestía de las subsistencias era compensada por la elevación de los salarios; las inundaciones de las cuencas del Ródano y del Loira proporcionaron á la munificencia del emperador la ocasión de desplegarse y aumentaron la popularidad de su nombre. En la primavera y en el verano siguientes abundaron las fiestas: fiestas en el palacio de la Industria en honor de una Exposición agrícola celebrada un año después de la Exposición universal; fiestas en las Tullerías, á las cuales los príncipes extranjeros, ávidos de visitar la capital embellecida, acudieron en tan gran número como el año anterior; fiesta en Nuestra Señora cuando el cardenal Patrizzi, legado del Padre Santo, fué en nombre de Pio IX á tener en brazos al príncipe imperial en el bautisterio; otras fiestas, más hermosas que todas las demás, los días en que los regimientos, de regreso de Oriente, hacían su entrada en París. Seis meses después, en una ocasión solemne, parece que el emperador quiso marcar en términos más sentidos que de costumbre lo que él consideraba como el punto culminante de su destino. El 16 de febrero de 1857, al abrir la última legislatura del Parlamento, enumeró así los principales actos de su reinado y los insignes beneficios de que le había colmado el Cielo:

«Señores diputados: Puesto que ésta es vuestra última legislatura, permitidme que os dé las gracias por el fiel y activo concurso que me habéis prestado desde 1852. Proclamasteis el Imperio; os habéis asociado á todas las medidas que han restablecido el orden y la prosperidad en el país; me habéis sostenido enérgicamente durante la guerra; habéis compartido mis dolores durante la epidemia y durante la escasez; habéis compartido mi alegría cuando el cielo me ha concedido

una paz gloriosa y un hijo queridísimo; vuestra cooperación leal me ha permitido establecer en Francia un régimen basado en la voluntad y en los intereses populares. Era una misión difícil de llenar, y para la cual se necesitaba un verdadero patriotismo, la de acostumbrar al país á nuevas instituciones. Reemplazar la licencia de la tribuna y las luchas emocionantes que determinaban la caída ó la subida de los ministros por una discusión libre, pero tranquila y seria, era un señalado servicio prestado al país y á la misma libertad, pues la libertad no tiene enemigos más temibles que los desbordamientos de la pasión y la violencia de la palabra.

»Merced al concurso de los grandes cuerpos del Estado y á la abnegación del ejército; merced sobre todo al apoyo de este pueblo que sabe que todos mis instantes son consagrados á sus intereses, vislumbro para nuestra patria un porvenir lleno de esperanza.

»Sin lastimar los derechos de nadie, Francia ha reconquistado en el mundo el rango que le convenia y puede entregarse con seguridad á todo lo que produce de grande el genio de la paz. Que Dios no se canse de protegerla, y pronto podrá decirse de nuestra época lo que un hombre de Estado, historiador ilustre y nacional, ha escrito del Consulado: «*La satisfacción estaba en todas partes, y todo el que no abrigaba en el corazón las malas pasiones de los partidos se alegraba de la felicidad pública.*»

En nuestros días y bajo la persistente preocupación de los acontecimientos que siguieron, no es posible leer sin una triste emoción estas palabras triunfantes. Más afortunados que nosotros, los contemporáneos no vieron más que el presente asegurado. Les impresionó favorablemente que el soberano, con una generosidad que nadie le pedía, hiciese recaer sobre la nación el honor de sus éxitos. Acabaron de persuadirse, unos con alegría y otros con resignación, de que la dinastía napoleónica estaba decididamente llamada á guiar la sociedad francesa hacia las nuevas orillas y á desarrollar la democracia conteniéndola. El lenguaje imperial fué sinceramente aplaudido. Y aquello fué el apogeo, pues como vamos á ver estudiando el estado de los partidos, el poderío del emperador era completado por la impotencia de todo lo que no era él.

LIBRO DÉCIMO

EL IMPERIO Y LOS PARTIDOS

- SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—El partido republicano en el extranjero: de cómo los republicanos se dispersaron después del golpe de Estado; Bélgica é Inglaterra son los dos principales puntos de refugio.—Bélgica: llegada de los proscritos: susceptibilidades del gobierno francés y apuros pasajeros del rey Leopoldo: vida de los desterrados en Bélgica, sus ocupaciones profesionales, sus manejos, sus manifestaciones.—Inglaterra: tristezas, decepciones, discordias y pobreza; la *Commune revolucionaria* y tentativas de manejos en Francia: los principales proscritos: de cómo tienen que precaverse de sus amigos más exaltados.—De cómo los indultos sucesivos disminuyen el número de desterrados.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—Los republicanos en Francia: su impotencia.—El periódico *Le Siècle* y su papel singular.—Vida y ocupaciones de los principales jefes: miseria de un gran número de demócratas: fondos reunidos y distribuidos por el Sr. Goudchaux.—Obscuros y criminales manejos en el partido demagógico: complot del Hipódromo y de la Opera Cómica: atentado de Perenchies: atentado de Pianori: Bellemare; alarmantes informes de la policía.—Tentativas de trastornos con motivo de ciertos funerales: exequias de Arago: exequias de Lamennais: algunos manejos en provincias: de cómo se espera que la carestía de víveres los favorecerá: extraña escaramuza en Trelazé.—Desaliento general.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—Los legitimistas: su actitud después del golpe de Estado: importantes elementos de influencia que les quedan.—El conde de Chambord.—De cómo las instrucciones de este príncipe reducen su partido á la abstención: errores en que se apoya esta conducta.—Napoleón III y el partido legitimista: persecuciones benignas: algunas defecciones.—Organización del partido: Berryer y Falloux: acogida reservada á sus consejos.—Inmovilidad é impotencia.
- IV.—El partido orleanista: Napoleón III y los orleanistas; causas de su antipatía contra ellos.—Los príncipes de Orléans.—Negociaciones para la fusión: aplazamiento indefinido de este proyecto: causas generales de este aplazamiento.
- V.—La coalición liberal: algunos de los rasgos particulares que la distinguen.—Carta de Dupin á Montalembert é incidente que esta carta origina.—El *Diario de los Debates*: sus tendencias, su espíritu, su redacción.—El *Instituto*: de cómo los parlamentarios lo convierten en plaza de seguridad: sesiones de la Academia francesa: recepción de Berryer, de Sacy, de Broglie, de Falloux y de Biot.—El gobierno y la Academia.—De cómo esta oposición, aunque brillante, es poco de temer.—Sobre qué terreno se afirmará más tarde.

I

Nos proponemos agrupar en el presente libro las raras manifestaciones de los que por convicción ó por imposibilidad de cambiar permanecieron rebeldes ó al menos refractarios á la política imperial.

De todos los partidos, el que desde luego llama la atención como el más duramente castigado es el partido republicano. Vamos á seguir sus destinos en el extranjero y en el suelo patrio.

Cuando las noticias llegadas de todas partes no habían dejado subsistir duda alguna acerca del éxito del golpe de Estado, un pánico inmenso se había apoderado de todos los que habían dirigido la resistencia ó habían intervenido en ella. Jefes y soldados se apresuraron á pasar la frontera huyendo de las reacciones que no podían faltar. Los insurrectos del Sudeste huyeron á Niza ó al Piamonte. Los del Sudoeste pasaron los Pirineos y se ocultaron en España, desde donde algunos se embarcaron más tarde para la América del Sur. Los de Lyon y del Jura buscaron un refugio en Suiza y particularmente en Ginebra. Los del Centro se refugiaron unos en los bosques y otros en alguna casa amiga, desde donde, á merced de un disfraz, huyeron á Alemania, á Bélgica ó á Inglaterra. Así fué que se encontraron allende la frontera los representantes á quienes alcanzaban los decretos presidenciales, los condenados por las Comisiones mixtas y todos aquellos que se habían

impuesto voluntariamente el destierro á fin de evitar un destino más cruel.

No todas las comarcas fueron igualmente propicias á los proscritos. En el Piamonte encontraron disposiciones poco hospitalarias y un deseo tan grande de complacer al emperador, que esta complacencia parecía amenazadora para su seguridad. En Suiza la acogida fué mejor, pero también con un temor muy grande á las reclamaciones francesas. Alemania era repulsiva á causa de las costumbres autoritarias de sus gobernantes y de las dificultades casi invencibles de su lengua. Después de algunas idas y venidas indecisas, la emigración, aunque bastante numerosa en Suiza y en Turin, se dividió sobre todo en dos focos principales: Bélgica y la Gran Bretaña.

Todos los informes de la policía belga, todas las memorias contemporáneas mencionan la impresión que causó en Bruselas la llegada de los primeros proscritos. Era á últimos de diciembre de 1851 cuando se les vió aparecer por primera vez en las galerías de San Huberto. Se encontraban, se reconocían con dificultad, pues la mayor parte iban disfrazados y se enseñaban riendo los falsos pasaportes que habían protegido su huida. Sin embargo, por su acento y por la animación de su lenguaje se distinguían fácilmente. Formaban grupos y hablaban en voz tan alta que llamaba la atención de los transeuntes. Cuando armaban demasiado bullicio, la policía los dispersaba, pero con suavidad como hacen los

belgas. Entonces invadían los cafés inmediatos, se quejaban de la falta de vino y se resignaban á beber *faro*, hasta abusar de esta cerveza excesivamente alcohólica.

La ilusión es la compañera inseparable del destierro. Hubo proscritos que no deshicieron su maleta: aún contaban «con el centinela invisible,» según la expresión de Michel de Bourges, y prestaban siempre oído á los rumores de Francia. Como no recibían más que noticias desconsoladoras, se decidieron á una instalación; pero provisional, en algunas de aquellas modestas habitaciones amuebladas que en Bruselas se llaman *cuarteres*. Viendo luego cada vez más diferidas sus esperanzas, buscaron en las casitas de los suburbios una instalación más permanente y al nivel de su fortuna. Cada cual buscó trabajo según su profesión ú oficio. De todas las ocupaciones, la más atractiva, si no la más fructuosa, consistía en emprender una campaña de invectivas contra la dictadura triunfante y en hacer insertar en los periódicos belgas todas las reivindicaciones, todas las cóleras de la Francia republicana ó socialista. Pero esto era peligroso para ellos y para sus huéspedes.

No fué sin despecho que el gobierno de Napoleón vió renacer tan cerca de él la oposición que había abaido. En varias ocasiones, el ministro de Francia señaló los excesos de la prensa y, en nombre de las relaciones entre buenos vecinos, pidió que se pusiera término á una tolerancia que adquiría trazas de protección. En virtud de las quejas del representante de Francia, el periódico *La Nación*, que prestaba gustoso sus columnas á los proscritos, fué procesado. Sin duda esta satisfacción no pareció suficiente al gobierno francés, pues á los pocos días *El Constitucional*, de París (1), publicó una serie de artículos amenazadores contra Bélgica y, á pesar de las desautorizaciones del ministro del Interior, sostuvo con rara audacia que su pensamiento era el del jefe del Estado. En esto, los disentimientos políticos fueron agravados por disentimientos comerciales. En tales circunstancias, el gabinete belga se decidió á cerrar los frenos. Los emigrados fueron más estrechamente vigilados; se les internó en las poblaciones en que estaban autorizados á residir y se les tuvo bajo una amenaza de expulsión que moderó sus ardores y les hizo más circunspectos. A raíz de la proclamación del Imperio, votóse una ley que castigaba las ofensas contra los soberanos extranjeros. A pesar de estas satisfacciones, las quejas diplomáticas se renovaron á intervalos y al extremo de causar verdaderos apuros al rey de los belgas. Sin embargo, su defensa era muy sencilla y en ninguna época varió. El rey proclamaba con indignada vehemencia su reprobación contra las doctrinas de los revolucionarios ó de los socialistas. Pero ¿qué hacer contra la libertad de imprenta, ese principio escrito en la Constitución? Para atentar contra ella, no bastaba una ley votada por las Cámaras; era necesaria la reunión de una Constituyente; y una Constituyente ¿consentiría en disminuir las garantías que desde hacía veinte años, y á pesar de algunos inconvenientes parciales, habían asegurado al país la independencia y la prosperidad?

Afortunadamente para los emigrados, el emperador, bien por natural moderación, bien por que desdeñara

(1) 6, 8 y 10 de junio de 1852

tan débiles enemigos, no cuidó de extremar sus cargos, y en adelante se contentó con formular algunas quejas desprovistas de toda sanción. Sucedió, pues, que los refugiados, acostumbrándose poco á poco á su nueva residencia, se afirmaron en la apacible seguridad de su destierro. Los principales de ellos, aprovechando la comunidad de lengua, abrieron cursos, dieron lecciones, lecturas ó conferencias públicas: tales fueron Deschanel, Challemel-Lacour y sobre todo Bancel, que por este camino llegó á crearse una envidiable situación y volvió á su país con una fama que al fin declinó un poco. Otros se dedicaron á la literatura y á la historia, á ejemplo de Edgardo Quinet y de Charrás, que pronto se trasladaron á Suiza. Tales ocupaciones sólo estaban al alcance de un número selecto y restringido de personas. La mayoría se hicieron obreros, contra maestros, correctores de imprenta, tenedores de libros, representantes de comercio. En los intervalos de su trabajo, no faltaban á ninguna manifestación, mitins, sociedades de *solidarios*, entierros civiles, ligas de enseñanza, etc. A pesar del peligro, se ingeniaron en introducir en Francia toda clase de folletos, impresos en pequeñísimo tamaño para facilitar su difusión: los ocultaban en cestas de caza ó de pescado; los metían en el hueco de estatuas de yeso, en los forros de los trajes ó en maletas de doble fondo; llenaban de ellos los bolsillos de los viajeros de comercio complacientes; y no faltaban maquinistas y empleados de ferrocarriles que se encargaban de llevarlos de Monserón ó de Quievrain al otro lado de la frontera (2). Con frecuencia, los proscritos se reunían por la noche en alguna cervicería que habían convertido en centro habitual de sus conciliábulos: se agrupaban en un rincón, al abrigo de espías, pues en todas partes veían agentes provocadores ó polizontes. Era el momento de las expansiones, de las confidencias y de las ilusiones tenaces. Con la credulidad del odio, acogían todos los rumores sin comprobación. Atribuían al emperador, á *Badinguet*, como le llamaban, toda clase de dolencias que sin duda darían pronto con él en la tumba. Cuando nació el príncipe imperial, su contrariedad fué grande; habiendo cundido la voz de que el hijo de Napoleón III había nacido ciego, esta falsa noticia, tenida por cierta, mitigó su decepción (3). Cansados del presente, se entregaban con frecuencia á largas revistas retrospectivas, pero con la obstinación rutinaria de sus preocupaciones demagógicas. Y así hablando, acariciaban sus eternas quimeras, hasta que los últimos resplandores del gas les obligaban á retirarse á sus hogares.

Los belgas los observaban de lejos, aturdidos de tantas iras, maravillados de tantas ilusiones, con más curiosidad que simpatías para aquellos singulares extranjeros. Era raro, sin embargo, que esta impresión se tradujese en malevolencia, pues no había habitante de aquel país, uno de los mejores y de los más hospitalarios de Europa, que no hubiese repetido la frase de Homero: «Todo hombre desterrado de su patria es digno de respeto.» No se engañaban los emigrados respecto á los sentimientos que inspiraban. Aprovechándose de la baratura de todas las cosas, de lo excelente de las

(2) Véase Saint-Ferréol, *Les proscrits en Belgique*, pág. 228.

(3) Saint-Ferréol, *Les proscrits en Belgique*, pág. 312.

costumbres, del liberalismo de las leyes, perdían raramente la ocasión de burlarse de sus huéspedes. Se reían de su manera de vivir, de su lenguaje, de su acento. Les despechaba el espectáculo de aquel pueblo, libre aunque gobernado monárquicamente, innovador y próspero aunque aferrado á la tradición. Les impacientaban los símbolos de piedad que encontraban á cada paso; y en esto eran ingratos, pues sucedió que los ministros católicos fueron con los refugiados más tolerantes que los ministros liberales y menos dispuestos á ceder á las reclamaciones del gabinete imperial.

Londres fué el segundo foco de la emigración francesa. En el suelo británico, una antigua costumbre, constantemente observada, garantizaba un inviolable asilo; si quedaba una tierra de refugio, era aquella. Aparte el gran bien de la seguridad, todo lo demás faltaba. El destierro, en Inglaterra, es un doble destierro, á causa de lo sombrío del clima, de lo caro de la vida y de la impresión de glacial soledad que el humor de los habitantes y las dificultades de la lengua crean en torno del infeliz proscrito que se siente seguro y desesperado á la vez. Los desterrados de 1851, á pesar de encontrar en Londres á los proscritos de 1848 y 1849, sintieron profundamente aquella dolorosa impresión. Todo contribuyó á empeorar su suerte. Habíase fundado con el nombre de *República fraternal* una sociedad creada con un fin de acción común y de mutua resistencia. Aquella «república» no tuvo de fraternal más que su vocablo; en ella se introdujo la discordia llevada hasta la violencia. Sobre las ruinas de la antigua asociación se formaron otras dos: *La Commune revolucionaria* y *La Revolución*. El cambio de nombres no hizo desaparecer el espíritu de contención. Todo fueron recriminaciones, querellas y sobre todo acusaciones de traición; un día se originó un duelo en que sucumbió uno de los republicanos llamado Cournet. A la desunión se unía la miseria, que era grande á causa de la carestía de todas las cosas y de la dificultad de encontrar empleo. Llegaron de Francia socorros reunidos con meritoria perseverancia por un ex ministro de 1848, el Sr. Goudchaux, que se convirtió en limosnero de los proscritos. Pero la miseria engendra la amargura, y como se pensaba menos en las necesidades aliviadas que en las no satisfechas, aquella beneficencia, con ser tan infatigable y despreñida, era acusada de parsimonia. A los desterrados les quedaba el consuelo de leer en el *Times* y en el *Morning-Chronicle*, artículos en que se reflejaban todas sus iras y á los cuales difícilmente hubiera añadido nada el odio más implacable. En ellos se denunciaba á Napoleón III como «el más abominable de los tiranos;» no tenían invectivas bastantes para infamar á «la partida de aventureros que rodeaban al usurpador;» y al Senado que había hecho el Imperio «se le tachaba de más cobarde que el de Tiberio.» Pronto les faltó á los emigrados esta suprema alegría: la cuestión de Oriente determinó la unión de Francia con la Gran Bretaña, y el «abominable tirano» convirtióse en aliado, en un aliado que, al año siguiente, fué aclamado en la Cité y hasta en Windsor.

Abandonados de todos, los desdichados proscritos agotaron sus fuerzas en quimeras tentativas. Bajo los auspicios de la *Commune revolucionaria*, crearon en Francia una organización insurreccional, distribuyendo

libelos, enviando emisarios y hasta tratando de poner en circulación una especie de papel moneda. La policía secuestró los folletos y detuvo á los corresponsales, míseros comparsas que expiaron con un largo cautiverio su credulidad ó su extravío. Los refugiados, seguros en su destierro, pero incapaces de intentar nada en su propio país, se vieron reducidos á celebrar los aniversarios democráticos, á hacer manifestaciones en favor de los polacos, de los húngaros y de todos los campeones de la Revolución, y á enterrar sus muertos bulliciosamente y en medio de execrables imprecaciones. En vano esperaban llamar la atención con sus voces: cuando la embajada francesa protestaba, los ministros ingleses replicaban con desdén: «Pero ¿qué daño pueden causar á un poder fuerte como el de Napoleón las elucubraciones malsanas producidas una noche de orgía en cualquier casa mal llamada de Leicester-Square?»

Mientras los demagogos más oscuros desplegaban una actividad estéril, los jefes procuraban alejarlos de sí. Ledru-Rollín, desterrado desde 1849, se veía apurado para desembarazarse de los agentes sospechosos ó sinceros que le proponían toda clase de locas conspiraciones. Luis Blanc, huésped de Inglaterra desde 1848, procuraba absorberse en el trabajo. Schœlcher, alma entera y recta aunque extraviada por la pasión, ocultaba mal sus impresiones de desaliento. Sobresalía entre ellos Víctor Hugo, el más importante de todos los desterrados, si no por la influencia real, al menos por su fama. Refugiado al principio en Bruselas, vióse obligado, después de la publicación de *Napoleón el Pequeño*, á buscar un asilo en Inglaterra. Con mucha habilidad se refugió en Jersey, poniendo así la barrera del Océano no sólo entre Francia y él, sino que también entre él y sus amigos importunos. Primero en Jersey, y en Guernesey después, organizó su vida como un pontífice cuidadoso de embellecer el templo en que formulaba sus oráculos. Habiéndose creado una especie de oasis en el destierro, parecióle ingenioso proclamar irreductible. Y era ingenioso, en efecto, pues todo le favorecía en aquellas islas privilegiadas: los saludables efluvios marítimos reparaban sus fuerzas en las proximidades de la ancianidad; el misterio de aquel aislamiento aumentaba su prestigio, y el alejamiento protegía su patrimonio contra las peticiones desesperadas de sus compañeros.

Tal era en Bélgica y en Inglaterra la suerte de los refugiados. Mientras tanto, de vez en cuando aparecían en el *Monitor* notas que anunciaban indultos ó conmutaciones de pena y parecían prometer á todos los que se sometiesen el libre regreso á sus hogares. La proclamación del Imperio, el matrimonio, las fiestas anuales del 15 de agosto, fueron para Napoleón III otras tantas ocasiones de indultos. La clemencia soberana hasta fué á buscar, en condiciones singulares, á los que no pensaban solicitarla. Un día, en octubre de 1854, habiendo escrito Barbés, de su prisión de Belle-Isle, una carta llena de votos patrióticos por los combatientes de Crimea, Napoleón ordenó que se pusiera en libertad al famoso conspirador. El cautivo rehusó un beneficio que le parecía una injuria, exigió que le expulsaran á viva fuerza de la prisión y se fué á Holanda, no queriendo vivir, según él decía, en una patria esclavizada. No todos se mostraban tan inflexibles en medio de las

tristeza del suelo extranjero. Muchos se acogían á los indultos. De esta manera se disgregaban de año en año los grupos de los proscritos. El ejemplo fué contagioso, y lo fué mucho más cuando, en 1856, después del nacimiento del príncipe imperial, el *Monitor* (1) hubo anunciado que se permitiría la vuelta á todo el que reconociese el gobierno legal. Desde entonces ya no quedaron fuera del país más que dos clases de desterrados: los que, habiendo encontrado en la emigración algún recurso lucrativo, habían fijado en ella su residencia, y aquellos á quienes la fama de su nombre ó un orgullo irreducible impedía la sumisión.

II

Véase ahora el estado de postración en que se hallaba en Francia el partido republicano.

Le faltaban las funciones gubernamentales, de que se hallaba excluido hacía tiempo, y las funciones electivas, de las cuales le alejaban las trabas oficiales y la necesidad del juramento. El ejército, instrumento de las represiones de diciembre, le era odioso. En la magistratura se afirmaba cada vez más el espíritu represivo, dispuesto á acentuar con una interpretación draconiana el rigor de las leyes. No contaban los republicanos con ninguna libertad de imprenta, de reunión ni de asociación, para reconstituir sus fuerzas quebrantadas. Una policía activa espiaba sus actos y hasta sus palabras. Vigilancia inútil, pues la oposición democrática, abatida por el recuerdo de las faltas y de los errores pasados, no hubiera encontrado entonces apoyo en ninguna parte. Todo aconsejaba la obediencia, todo, hasta el aspecto de París, de donde desaparecían bajo las demoliciones las viejas guaridas de motín y que por todas partes se abría á grandes y anchas vías propicias á las prontas represiones.

Cuando un partido está caído, la prudencia aconseja, á veces, no darle el golpe de gracia, sino dejarle por algún lado la ilusión de la vida. A la oposición democrática vencida, el emperador se dignó dejarle un periódico: pero ¿le pertenecía realmente? ¿No pertenecía más bien al gobierno?

Este periódico era *Le Siècle*. Nuestra generación, acostumbrada á los peligros y á las ventajas de la prensa libre, comprendería mal cuál fué la suerte de este diario y se asombraría á la vez de su boga y de su debilidad. Su boga fué la consecuencia de su monopolio: conservado solo en la desaparición común de sus colegas, se enriqueció con todas las ruínas y heredó una clientela que, á falta de otro mejor, lo aceptó, ó mejor dicho, lo soportó tal como era. La debilidad dependía de su situación que le obligaba á no hablar sino con el permiso de aquellos á quienes estaba llamado á combatir. Estado precario y, sin embargo, envidiable, pues tenía seguros muchos lectores, ya que no mucha consideración, y sobre todo beneficios que fueron soberbios. Su redactor en jefe, Sr. Havin, se amoldó ingeniosamente á su doble papel de enemigo y compinche. El *Siècle* hinchaba el tono de sus artículos, afirmaba altamente las conquistas modernas, y, de pronto, se achicaba ante la censura y bajaba prudentemente la voz.

(1) *Monitor* del 20 de marzo de 1856

Este periódico extraordinario prestó dos servicios al partido vencido: impidió que se le creyese del todo muerto, y predicó una especie de democracia burguesa á la cual se adhirieron muchos á quienes el socialismo había asustado. Pero ¿qué eran esos pobres servicios comparados con los buenos oficios que prestó al gobierno imperial? ¿Quién se hubiese atrevido á acusar al Imperio de despotismo, cuando cada día, con su tácito consentimiento, un periódico de una inmensa publicidad proclamaba los principios de 1789, la soberanía del pueblo y las inalienables prerrogativas del Estado laico? El *Siècle* se encargaba de satisfacer en el país aquella necesidad de oposición que no podía suprimirse del todo; y lo más original es que el gobierno daba ó retiraba á su antojo las patentes de corso para las correrías contra él. Cuando al emperador le parecía conveniente aflojar un poco los lazos de su alianza con el partido religioso, le bastaba dar libertad al *Siècle*. Entonces, los colaboradores de Havin soltaban una andanada de artículos sobre la noche de San Bartolomé, la revocación del edicto de Nantes, Voltaire, Galileo, la Inquisición, el tormento, Pascal, los Jesuitas, el derecho de pernada; artículos que leía con fruición la clientela del periódico, pero que, en cambio, preocupaban á los católicos y hacían decir á Luis Veuillot: «El *Siècle* se halla bajo la protección de la policía y el *Univers* bajo su vigilancia.» Cuando la lección había sido suficiente, un comunicado seco, dogmático y altivo ponía coto á aquellos raudales de elocuencia y volvía á hacer de Napoleón el hijo mayor de la Iglesia; y otra vez, para restablecer el equilibrio, el torrente volvía á correr hasta que otra señal lo detenía de nuevo. Napoleón había realizado el milagro de ser el regulador de la oposición: favorecía ó dificultaba la introducción de las ideas democráticas como con el régimen de la escala móvil se aceleraba ó contenía alternativamente la entrada de los trigos; á su antojo, abría ó cerraba las esclusas según que le conviniera elevar ó bajar el nivel de la autoridad ó del liberalismo, del librepensamiento ó de la ortodoxia.

Tal era el único periódico del partido democrático, y ya hemos visto quién lo manejaba. En aquel universal abandono la mayor parte de los republicanos se rindieron al destino y atendieron únicamente á su suerte particular, puesto que se les escapaba todo lo demás. Aun en el terreno privado, la prudencia no era superflua: si eran empleados del Estado, tenían que temer las reprimendas y las cesantías, en castigo á una hostilidad demasiado viva; si eran médicos, comerciantes ó artesanos, tenían que guardar contemplaciones con su clientela que no quería exponerse al disfavor que perseguía á la demagogia; si eran impresores, tenían que guardarse de las imprudencias que hubieran acarreado la retirada de su patente; si eran escritores, se veían obligados á no asustar á los editores, á ponerse al nuevo diapason, á buscar fuera de la política asuntos neutrales aunque dignos de interés. Muchos se refugiaron en el foro, donde encontraron una vida decorosa, recursos suficientes y éxitos tanto más señalados cuanto que la elocuencia estaba proscrita de todos los demás sitios. Algunos se lanzaron á los negocios bancarios ó financieros: éstos fueron los menos, pues la mayoría de los republicanos de entonces tenían poco capital, estaban más ávidos de

renombre que de fortuna y eran más hábiles para el manejo de la palabra que para la contabilidad. Otros encontraron sus medios de subsistencia en la prensa literaria.

Muchos demócratas se hallaban en la miseria, ya porque una larga detención les hubiese privado de su empleo, ya porque la desconfianza ó la timidez de sus patronos les hubiese echado de su plaza. El Sr. Goudchaux, al mismo tiempo que postulaba en favor de los emigrados, empezó á recoger ofrendas para sus correccionarios del interior. Tarea doblemente ingrata, pues, al decir de los asistidos, la asistencia era mezquina, y, al decir del gobierno, más que aliviar la pobreza asalariaba al crimen. Habiéndose recogido y divulgado las listas, vióse entre los socorridos el nombre de la viuda de Vappreaux, uno de los asesinos del general Brea, y otros nombres comprometidos en las conspiraciones (1): en seguida los periódicos oficiales protestaron y se complacieron en señalar la solidaridad de los republicanos, desde los más íntegros, como Goudchaux, hasta los factores habituales de asesinatos ó sediciones.

En medio de aquella calma forzosa, sólo en los bajos en que la espuma se agita se hallaban entonces algunas huellas de actividad, pero de actividad desordenada, perversa y criminal. Allí se tramaban las conspiraciones; allí se meditaban, para ciertos aniversarios ó funerales, quiméricos proyectos de insurrección; allí se urdían algunos planes de motines provinciales, locas intenciones apenas dignas de mención.

Entre los complotos, el primero por la fecha fué el llamado de la *Opera Cómica*. En la primavera de 1853, la policía tuvo indicios de manejos misteriosos que parecían tener por objeto el asesinato del emperador. El 2 de junio, algunos individuos desconocidos, ó conocidos únicamente en las sociedades secretas, y entre los cuales figuraban los llamados Foliet, Alix y Ruault, fueron vistos en ocasión en que se dirigían hacia el Palais-Royal discutiendo un proyecto de barricadas. El 3 se juntaron en la Chapelle, en casa de un tal Decroix, antiguo *deportado de Junio*. La presidencia del conciliábulo fué confiada á Foliet, que habló mucho y trató sobre todo de averiguar si podía contarse, como en 1848, con los obreros y particularmente con los de los ferrocarriles. «¡Oh!, no, replicó un tal Vauthier, empleado en el ferrocarril de Orleans; han cambiado mucho, son hoy padres de familia y con los años se han vuelto juiciosos (2).» El 5 de junio, celebraron una tercera reunión en medio de unos terrenos vagos inmediatos á las fortificaciones. Ocupáronse otra vez de la organización de barricadas, se aseguraron de una imprenta, dijeron haber fabricado ventisís cañones con tubos de gas, cuyos cañones habían costado en suma 150 francos. El plan consistió en tirar sobre el emperador tan pronto como *la ocasión favorable se presentase*; después de lo cual pasearían su cadáver, proclamarían la República y establecerían la dictadura de Blanqui, cosas todas ellas que parecían sumamente fáciles á aquellos ilusos, tan pobres de espíritu como perversos. Hacía dos horas que deliberaban, cuando, á la aparición de un gendarme, se dispersaron súbitamente los conspiradores.

(1) Véase el proceso de Delescluze, Marchais y otros (*Gazette des Tribunaux* del 3 de marzo de 1854).

(2) Audiencia del Sena, declaración de Vauthier (*Gazette des Tribunaux* del 10 de noviembre de 1853).

Al día siguiente se supo que el emperador iría, el 7 de junio, de Saint-Cloud al Hipódromo. ¿No sería «la ocasión favorable?» Así lo pensaron los conjurados: varios de ellos se reunieron á la entrada del bosque de Boloña, y otros, los más, cerca del Hipódromo. Pero la policía tenía los hilos del necio y miserable complot, y tomáronse las medidas necesarias para la seguridad del emperador (3). El día 8 celebróse un nuevo conciliábulo en que tomaron parte algunos estudiantes. El golpe de mano errado la víspera fué diferido para el día en que tenía que abrirse la Exposición de horticultura. Por más incoherentes que fuesen estos planes, la autoridad juzgó que era hora de ponerles coto. En la noche del 8 al 9, Foliet y sus principales compañeros fueron detenidos; la imprenta fué cogida en casa de un valaco llamado Bratiano; los cañones no se encontraron, pero la descripción que se tuvo de ellos hizo desistir de buscarlos, pues se estimó que no podían hacer daño sino á los que se atrevieran á dispararlos.

Este plan fué reproducido, con menos impericia, por un belga llamado Merén. El 3 de julio este Merén reunió en Saint-Mandé á todos sus cómplices; y el 5, día en que el emperador tenía que ir á la Opera Cómica, les señaló su puesto, quién en la calle ó en el bulevar, quién en el café del Gran Balcón, y les entregó armas. Nada olvidó, ni siquiera el convocar á un cirujano para curar á los heridos sobre el terreno (4). Al pasar el coche del soberano, los conjurados habían de acercarse á él gritando: «¡Viva el emperador!» Merén daría luego la señal tirando dos pistoletazos sobre el coche imperial y consumaría el atentado. Afortunadamente los agentes de la autoridad, que estaban en guarda, no tardaron en reconocer las mismas caras siniestras que habían visto ya el mes anterior en las inmediaciones del Hipódromo. Detuvieron á los sospechosos, y nueve de éstos fueron encontrados portadores de puñales y pistolas cargadas (5).

La sumaria tendió menos á repartir las responsabilidades entre aquellos miserables comparsas que á averiguar quiénes habían sido sus instigadores. En el domicilio de casi todos los inculcados se encontraron ejemplares manuscritos ó impresos de las proclamas de los desterrados; ciertas declaraciones permitieron creer en inteligencias con Inglaterra; uno de los acusados pretendió que el ex representante Charrás había estado al corriente de todo. Pero ¿qué certeza fundar en denuncias incoherentes ó interesadas? Hacía ya dos meses que duraba la sumaria cuando se practicaron registros en casa de algunos republicanos notables, tales como Goudchaux, el Dr. Guépin y Delescluze, hermano del antiguo comisario general del Norte; hicieronse algunas detenciones, aunque pocas de ellas fueron mantenidas. Todas estas medidas rigurosas no condujeron más que á resultados ilusorios; en casa de Goudchaux, la autoridad se incautó de las listas de socorros para los proscritos, y en el domicilio de otros se sorprendieron ves-

(3) Audiencia del Sena, declaración de Xavier Turlure, agente de orden público (*Gazette des Tribunaux* del 10 de noviembre de 1853).

(4) Audiencia del Sena, interrogatorio de Follet (*Gazette des Tribunaux* del 9 de noviembre de 1853).

(5) Audiencia del Sena, declaraciones de Turlure y Chevalier, pedimento fiscal del abogado general Mongis (*Gazette des Tribunaux* del 10 y 11 de noviembre de 1853).